

¡SI TODAVIA FUESE TIEMPO !

Se alían en la Península, como ya hemos dicho, el *factor geográfico* y el *factor humano*, para que el futuro nos sea más propicio que la dolorosa actualidad que atravesamos. La raza está incólume y la posición de la Península, llave de dos mares, no se modificó aún (1). Lo que importa, para valorizar tan importantes elementos, es que se opere cuanto antes, tanto en Portugal como en España, la necesaria reforma intelectual, tras de la que vendrá la reforma política indispensable. El principal objetivo de esa política en los dos países hermanos, después de que las heridas internas se hayan cauterizado, debe dirigirse a la reorganización del poder naval. Comencemos el presente estudio por analizar la íntima relación de la preponderancia antigua de la Península con sus posibilidades marítimas. Si en verdad es el rumbo del Atlántico como *mare nostrum* el que inspira nuestras aspiraciones de grandeza, ¿cómo procurarles realización sin ser por intermedio del nava-

(1) El desarrollo de la aviación comercial, de día en día vigoriza nuestra posición geográfica y avalora la tesis *hispanica* del autor. (N. del T.)

lismo? Casi separada de Europa por la fiel barrera de los Pirineos, dada la extensión de sus costas, la Península, o dominará en el mar, o será dominada por quien posea el señorío de las aguas. Su deseada aproximación con la América hispánica le impone aún más la obligación de asegurar los medios de que carece para convertirse en una fuerza sensible sobre la faz del globo. En su célebre libro sobre la influencia del poder naval, el no menos célebre almirante norteamericano A. T. Mahan nos hace observar significativamente (1): «Si no fuese por la pérdida de Gibraltar, la situación de España sería análoga a la de Inglaterra; con costas en el Atlántico y en el Mediterráneo, teniendo en el primero a Cádiz y a Cartagena en el segundo, estaría en sus manos todo el comercio de los países de Levante que pasa junto a su litoral, y aun el que se ejerciese por el cabo de Buena Esperanza no pasaría muy lejos de ellos; pero Gibraltar no sólo le arrebató el dominio del Estrecho, sino que levantó un obstáculo a la fácil unión de las dos divisiones de su flota».

Comparando la situación de España a la de Inglaterra, el almirante Mahan pone de relieve las cualidades casi insulares de nuestra Península. No las disminuiría, sin embargo, la pérdida de Gibraltar conservando al otro lado del Estrecho a Ceuta, punto militar más ventajoso que «el Peñón» fronterizo, si la alianza con Portugal permitiese a las dos naciones peninsulares la unidad indispensable a su defen-

(1) *Influencia del poder naval en la Historia, 1670-1783*. Por A. T. Mahan. Traducción española de los tenientes de navío Cervera y Jácome y Sobrini y Argullós. El Ferrol, 1901.

sa y preponderancia. Nadie piensa en imperialismos dementes, en insensatos humos de dilatación o conquista. Pero en el crecimiento, cada vez más violento, de los diversos egoísmos internacionales, la Península necesita garantizarse contra las amenazas que la envuelven en su propia integridad y merecer así de Dios la consecución de los altos destinos a que un día la llamó.

Más grave que la pérdida de Gibraltar, compensada con la posición de Ceuta, fué indudablemente la instalación de Francia en Marruecos. A este respecto dice un esclarecido publicista español (1): «El enemigo se nos ha metido en casa y hemos quedado a su merced. Dueña España de la costa marroquí desde el Estrecho al Sahara, y dominando además el Estrecho entre Tarifa y Algeciras, por un lado, y Ceuta por otro, la comunicación entre la Península y la costa fronteriza de Canarias quedaba asegurada. Desde Ceuta o Arcila podría hacerse por tierra. Por mar, desde Cádiz a Canarias, la costa ofrecería a cualquier barco una serie de puertos de refugio o de depósitos de carbón, víveres y municiones. Hoy una escuadra que vaya de Cádiz a Canarias tiene que pasar delante de una serie de bases de operaciones de los franceses. En tiempo de guerra la Península y Canarias se encontrarán prácticamente incomunicadas. Todo lo cual significa que las simples defensas del territorio español exigirán ahora más fortificaciones, y por lo tanto mucho más dinero que antes».

(1) Emilio H. del Villar, *Bases para la política exterior de España, Africa y el Estrecho*. Barcelona, 1918. Páginas 28 y 29.

¡Se comprende de este modo que la cuestión de Marruecos sea hoy para España una cuestión vital, que nos alcanza también a nosotros los portugueses, porque envuelve toda la Península! ¡Se carga el horizonte de negro cuando, mirando a la cabecera de Africa, vemos ondular en ella el pabellón francés! Si no existiesen otros motivos para un franco y apretado entendimiento entre Portugal y España se bastaría Marruecos por sí solo para dictarlo, en común interés de las dos patrias. Si espanto provoca la inconsciencia con que los Gobiernos españoles abandonaron a la penetración de Francia una zona tan directamente subordinada al pleno ejercicio de su país, no nos espanta menos el alejamiento de Portugal en problema de tan evidente magnitud. ¡He aquí una acusación bien seria, cuya responsabilidad toca principalmente a la Monarquía caída en 1910! Arrastrándonos después a la inútil carnicería de la guerra, la República agravó el mal heredado, no procurando con nuestro sacrificio reivindicar, al menos, Tánger para Portugal (1). Instalada así en Marruecos, por culpa de yerros que son conjuntamente de portugueses y de españoles, la presencia de Francia allí constituye no sólo un peligro para la independencia de la Península, de España sobre todo, sino una grave pesadilla para nuestra propia autonomía. Oigamos el juicio de Emilio H. del Villar en

(1) Juzgamos no cometer una indiscreción haciendo público que en 1918, Juan de Almeida, nuestro heroico africanista, hizo notar al presidente Sidonio Pais la necesidad de situar en Tánger el objetivo principal de nuestra cooperación en la guerra. Sidonio casi le pidió por amor de Dios que no hablase de tal cosa. ¡Hasta los mejores obran de este modo!

su citado libro *Bases para la política exterior de España*: «Marruecos—dice—es un país dispuesto naturalmente para las mismas producciones que España, y para algunas de ellas mejor dispuesto aún. Por eso el día en que Marruecos francés duplique y triplique la competencia que nos hace Argelia, la exportación de nuestros vinos, de nuestros aceites, de nuestra naranja, de nuestra almendra y de nuestro corcho, encontrando una mayor oferta, disminuiría en cantidad o en precio; y el día que disminuya la exportación de estos productos españoles, la horrible crisis agrícola, con todos los males y desbordamiento que traiga aparejados, hará comprender en España cuán equivocadamente se ha estado predicando al pueblo que los asuntos de Marruecos no debían intersarnos, y que de lo que debíamos ocuparnos exclusivamente era de cuidar nuestra casa en vez de mirar la ajena».

Se miden bien las consecuencias desastrosas a que puede llevar a la Península la permanencia del pabellón francés en Marruecos. La ruina de la economía de España, desencadenando en el vecino país una catástrofe tal vez sin remedio, repercutiría prontamente entre nosotros, certificándonos entonces por el peso de la desgracia que portugueses y españoles somos más hermanos de lo que en realidad creemos. Sin insistir en pormenores y datos que llenarían un gran volumen, se nos alcanza con precisión el espíritu profético con que Monís Barreto monologaba hace ya más de treinta años, previniéndonos de que «sería un capítulo más que sumar a la crónica lamentable de la decadencia peninsular el que esa región marroquí, abierta a la acción de dos pueblos cristia-

nos por la espada de don João I y de los conquistadores de Ceuta, ilustrada por la valentía de los adelantados de Africa, dorada por la fama robusta de don Alfonso V y por la naciente gloria de don João II; consagrada por el apostolado de don Raimundo Lulio, por el martirio del Infante Santo, por la sangre de don Sebastián, venga a caer como Túnez, arrancada por nosotros a los bárbaros, en las manos de aquellos que en el siglo xvi se asociaban a los enemigos de la cultura europea en provecho de sus conveniencias políticas y de sus intereses comerciales en Levante». El desastre se consumó. Y se consumó con el asentimiento suicida de España y la apatía execrable de Portugal. Cayeron los dos países en el abominable pecado que Dante llama *viltá*: el pecado de cuantos viven sin pena ni gloria, en continua deserción de su propia personalidad.

Si evacuado Mazagán por orden del marqués de Pombal, a nosotros, los portugueses, nos faltaban motivos para una reivindicación directa en Marruecos, visto que en el ajedrez de la diplomacia el reparto del vecino sultanato era el premio que se disputaba, de ninguna manera, en buen patriotismo, era lícito rechazar los derechos históricos que allí poseíamos como primeros dominadores. Es cierto que, desde el punto de vista colonizador, con grave perjuicio para nuestras dos Africas, se había de desviar hacia el litoral marroquí la masa humana que la metrópoli necesita exportar, a fin de mantener plenamente su soberanía ultramarina. Mientras tanto, si Portugal alimenta la esperanza de reconstituir su perdido prestigio atlántico, no le podría ser indiferente el rumbo que a la cuestión de Marruecos se impri-

miere. Además, las inexplotadas riquezas del sultanato norteafricano representarían, en la parte que justamente reclamásemos para nosotros, una a manera de recapitulación de la antigua escuela de energía—hoy, energía guerrera; mañana, energía productora—que Marruecos durante casi tres siglos significó para nuestra patria. La efectividad del gran sueño cuatrocentista, resucitado después por don Sebastián, del «Algarve de Alê-m-mar», se hubiese impuesto a la conciencia de la nación si los Gobiernos de Portugal, al declinar innoble de la Monarquía liberal, de la realeza bastarda de la *Carta*, hubieran dispuesto de otra finalidad, que no fuese la de una mayoría segura en el Parlamento y de un sillón de mandarín en el Terreiro do Paço. El propio Rey don Carlos, con su notable talento de hombre de Estado, no prestó al problema de Marruecos la atención que exigía. Y es una vergonzosa página, sin duda, por el papel que desempeñamos, la presencia en Algeciras de nuestra Delegación diplomática.

Si los males propios se consuelan comparándolos con los ajenos, mucho peor se nos presenta en todo caso la acción de España en lo que atañe a problema tan fundamental como el de Marruecos. Recién salida de la derrota de 1898, en que para siempre se le deshizo lo poco que le quedó de su opulento patrimonio colonial, ni sus políticos ni sus clases directoras vieron que en el Norte de Africa estaba la compensación de tan gran desastre; si la maleabilidad, la prudencia y el estudio los inspirasen, si por encima de la «fluctuación de doctrinas», de que nos habla Monís Barreto, estuviese la idea del interés común de la colectividad y la aspiración de servirla y

consolidarla noblemente. No resumiremos aquí, las desgracias sucesivas en que se tradujo para España, su intervención en la disputa del sultanato mogrebino. Las reflexiones que transcribimos de don Emilio H. del Villar nos acusan bien la amplitud de los errores cometidos. Estos errores se ciernen inexorablemente en el futuro de la Península, en sus dobles consecuencias políticas y económicas. A excepción de algunas voces aisladas de la «izquierda», la del mencionado don Emilio H. del Villar, por ejemplo, solamente en el «tradicionalismo», apenas sólo en el reducido grupo de los amigos de Vázquez de Mella, se encaró el problema con la gravedad con que debía ser afrontado. Aunque no aceptamos muchas de sus conclusiones, porque en la cuestión de Marruecos como peninsular pretendo tener voto y opinión, el libro de don Gabriel Maura, *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español* (1), nos ayuda también a esclarecer el asunto. En cuanto a la mayoría, o la indiferencia o la hostilidad. Cuando la sangrienta derrota del verano de 1921, el coro de los periódicos avanzados cantando el abandono de Marruecos, provocaba repugnancia en quien sufriese la trágica pasión que España estaba sufriendo en su dignidad y en la carne de su carne. Ya antes, refiriéndose a la actitud de los partidos radicales ante el problema de Marruecos, Emilio H. del Villar comentaba: «Es absolutamente ilógico que los partidos obreros y socialistas españoles se hayan declarado tan obstinadamente contra la acción de España en Marruecos. Sus campañas antiafricanistas han

(1) Madrid, 1925.

redundado en beneficio del colonismo francés. Y sabido es que donde en Marruecos se encuentran la acción española y la francesa, como ocurre en Tánger, la francesa está representada principalmente por el capital, y la española por el trabajo, y nada es más antisocialista que combatir los intereses del trabajo y apoyar los del capital».

Infiérese por la transcripción, en lo que se reputa, por el público inflamado de las agitaciones partidistas, el problema actual de Marruecos. Sucede esto en España, mientras al otro lado de los Pirineos la visión de Marruecos se revela para los franceses como una de las bases más sólidas de la prosperidad y el resurgimiento de su país. Fijada en Argelia y prolongándose en Túnez, Francia procura ganar en lo posible la hegemonía del Mediterráneo occidental. Su asiento en el Noroeste africano la sirve en el Atlántico de apoyo de las posiciones asumidas por ella más allá del Estrecho. Si la zona francesa de Marruecos separa y dificulta la comunicación de España con Río de Oro y las Canarias, la zona española, enclavada entre ésta y Argelia, tendería un día a desaparecer si los franceses tuviesen—¡que no la tienen!—población apta para la colonización. Meditando en todo lo que se expone, concíbese perfectamente que la entrada de Francia en Marruecos prepara, bajo todos los aspectos, la asfixia, o al menos la atrofia de España. De la situación creada, España sólo saldrá violentamente, si despierta a tiempo. La propia Francia se encarga de procurarle la oportunidad. Escuchemos a André Fribourg, diputado y miembro del Consejo Superior de Colonias: «Jusqu'ici, les tentatives de colonisation de nos voisins

n'ont abouti qu'à de désastres et il ne semble pas qu'elles soient près de réussir—declara en su opúsculo «L'Afrique latine» (1)—. Danger pour l'Afrique du Nord de la zone de la influence espagnole du Rif. Mais on voit inmediatamente quel danger présenterait pour nous l'existence d'un territoire espagnol de ce coté-ci de la mer, a proximité d'une région ou les citoyens espagnols sont si nombreux. Ce serait un obstacle extrêmement sérieux a la francisation, a l'absorption des colons venus de la péninsule, comme l'existence d'une enclave italienne au Nord de la Tunisie empêcherait l'assimilation des émigrants originaires de Sicile ou du continent. Si les efforts—surla André Fribourg—du gouvernement de Madrid aboutissaient dans le Rif, si, certains le souhaitent, il pouvait installer de nombreux espagnols dans une zone d'influence pacifié, un danger certain menacerait l'Algérie de l'Ouest. Nous n'en sommes d'ailleurs pas encore là, mais nous devons prendre, des maintenant, nos précautions, nous appliquer avec la même volonté que les américains chez eux a nationaliser les naturalisés et savoir qu'il ne suffit pas de décider qu'un individu est français, soit par décret, soit en vertu de la loi de 1889 qui naturalise tous les fils d'étrangers nés sur notre territoire, pour qu'il le soit effectivement».

Lo reproducido denuncia al mismo tiempo una amenaza y una alarma. Una amenaza, en el sentido de impedirse por parte de Francia, en lo posible, la estabilización de España en el Rif. Una alarma, porque las ambiciones del imperialismo francés en

(1) París, *Librairie Plon*, 1922.

el Norte de Africa luchan con la fuerte preponderancia de la población española en Argelia, especialmente en el *departamento* de Orán, del mismo modo que en Túnez les asusta el predominio invencible del elemento italiano. Sobre el peligro español en Orán, o sea en el Noroeste argelino, se pronuncia así André Fribourg, cuya cualidad de miembro del *Consejo Superior de Colonias* conviene no olvidar: «Dans le departament d'Orán, les français d'origine étaient 93.979 en 1911, les espagnols 91.712; les étrangers naturalisés français, en immense majorité espagnols, 92.386, et les israélites naturalisés français 20.173, si bien qu'on pouvait dire que pour un français d'origine, en comptait deux espagnols, dont un naturalisé français». André Fribourg acentúa: «Fait plus grave; les espagnols étaient groupés dans certaines régions au point d'y avoir une majorité écrasante. Si l'on trouvait 23.770 français d'origine a Orán, contre 27.835 espagnols et 33.783 naturalisés...» De donde, sobresaltado, el autor transcrito aconseja por medio de la escuela y del cuartel la unificación de la población europea de Argelia «en une même race méditerranéenne française», surgiendo, por tanto, con relación al futuro, una causa de graves recelos: el Protectorado español en el Rif. Lo que se piensa en Francia acerca de este Protectorado y de sus presumibles consecuencias, ya lo sabemos por la sinceridad del diputado André Fribourg.

Considerando los frutos de la acción de España, André Fribourg se nos manifiesta en los términos siguientes, muy importantes para lo que pretendemos aclarar: «Dans leur zone nos voisins ont fait d'in-

menses efforts. Ils ont sacrifié les hommes par dizaines de milliers et les pesetas par milliards. Malgré leur couragé, leur endurance, ils ont été rejetés à la côte, et leur échec aurait pu avoir pour nous-mêmes de graves conséquences. Il n'en a rien été, jusqu'ici, hereusement, mais ont est en droit de se demander ce que seraient la situation des espagnols dans leur zone, si nous n'avions pas déjà pacifié quelques 300.000 kilometres carrés du protectorat?» Y añade inmediatamente, no ocultando su idea fija: «La zone d'influence espagnole n'a pas plus de chance de devenir et de demeurer espagnole à travers les siècles futurs, que la zone de France soumise à la Grande Bretagne pendant la guerra de Cents Ans n'avait chance de demeurer anglaise. On peut imposer aujourd'hui un régime spéciale à Tanger, comme jadis, un régime anglais à Calais. L'un durera certainement moins longtemps que l'autre. Il y a des fatalités historiques aux quelles on n'échappe pas».

Analicemos ahora las afirmaciones del diputado André Fribourg. Ante todo tienen el valor de corroborar cuanto se dejó escrito sobre el peligro casi mortal que, tanto para España como para el resto de la Península, representa la instalación de Francia en el Noroeste marroquí. Latente el conflicto, ya se siente, ya se palma. Su eclosión inevitable llegará pronto o tarde, conforme al ritmo de los acontecimientos. Porque hay «fatalidades históricas a las que no se escapa», desde que el error se cometió, el dilema quedó nítidamente expuesto: o el total abandono de los derechos peninsulares en Marruecos, o la guerra.

En la insuficiencia creciente de su natalidad, Francia difícilmente podrá combatir por los recursos pa-

cíficos la constante infiltración colonial española; por ello contará con la anarquía gubernativa en que España se debate, sin una idea precisa que la conduzca a través de los meandros complicadísimos de la cuestión marroquí, dificultando al mismo tiempo la penetración en el Rif, por sordas, pero constantes instigaciones a los indígenas, a quienes no faltarán, seguramente, ni municiones ni armamento.

Llegará un momento, pues, en que España, cansada de fracasos, se resolverá al abandono del Rif bajo la presión de la opinión pública, si antes, declarada internacionalmente incapaz de civilizar y pacificar la zona que le fué distribuída en el sultanato mogrebino, no viene Francia a ocupar su lugar, como más apta y más idónea. Así, sutilmente, nos lo sugiere André Fribourg cuando compara la ineficacia de la acción española en el Rif con las excelencias de la pacificación y administración francesas.

A primera vista, el argumento es de peso, y sacudirá seguramente, por el simple examen de los hechos, las inteligencias menos prevenidas. La obra del general Lyautey es un alto ejemplo de tacto gubernativo y de incontestables realizaciones. ¡No nos entreguemos, en todo caso, a los dictámenes únicos del entusiasmo! Francia domina hoy aquella parte de Marruecos ya desbravada por la irradiación europea. Aunque los franceses lo olviden sistemáticamente, si es que no intentan apagarlos, a raíz de su ocupación encontraron los fuertes sedimentos de la conquista portuguesa, que si no fué muy profunda, al menos abrió surcos imborrables. De boca del propio Sultán destronado Muley Hafid tuvo la alegría

de escuchar que, cien leguas al interior desde la costa, los vestigios que se encuentran del paso de los antiguos dominadores, puentes, calzadas, fortalezas, o son romanos, o son portugueses. Del mismo Sultán oí también que los franceses pican invariablemente los blasones o lápidas que atestiguan la ocupación de Portugal. ¿Será una falsa acusación de un enemigo declarado de Francia? Tal vez. Con todo, la forma como se portan para con nosotros bastantes publicistas franceses que dedican a Marruecos el trabajo de su pluma, nos lleva a admitir que probablemente no se trata de una calumnia. Basta abrir el grueso volumen de Víctor Piquet, *Les civilisations de l'Afrique du Nord* (1) para capacitarnos del sectarismo de los franceses en semejante caso. En un libro compacto, de cerca de cuatrocientas páginas, ni una entera se nos llega a consagrar, y esa misma difícil de descubrir, porque en el índice aparece englobada en la designación general de «des chrétiens en Berbérie».

Mas por mucho que Francia procure apagar las señales de nuestro dominio, no tiene duda que su obra colonizadora se asienta sobre ellas; por lo demás, para comprensión perfecta del problema marroquí, es conveniente acentuar que, al contrario de lo que ordinariamente se supone, Marruecos (o *Mogreb el Aksá*, «país del extremo Occidente») no constituye una unidad social y política, sujeta únicamente a la soberanía del Sultán. Así, toda esa extensa y misteriosa región está dividida por los propios funcionarios del Imperio en dos grandes países—*B'lad en Magsén* y *B'lad es-Siba*—, siendo el primero la

(1) París, Armand Colin, 1921.

parte propiamente gubernamental, esto es, la que paga tributos al Sultán y le reconoce obediencia, mientras que la otra parte, siempre rebelde e insubmisiva, llamada por esto «país del robo», no abdicó nunca de su autonomía, siendo mucho más dilatada que la parte gubernamental (1). Esta dispondrá de cuatro millones de habitantes para una superficie de 200.000 kilómetros cuadrados, y el «país del robo» de siete a ocho millones de habitantes para una superficie de 600.000 kilómetros cuadrados.

Del país gubernamental cupo a España tan sólo la planicie del bajo Lucus, ocupada por la tribu árabe de Jolot y una fracción del Tili, mientras que en el «país del robo» su acción debe extenderse por toda la Yebala, macizo montañoso, poblado de gente brava e inquieta. De modo que España se halla en una situación inferior a la de Francia, porque necesita actuar en una zona donde nunca fué efectiva ni reconocida la soberanía del Sultán, teniendo en cuenta además que, aceptando el protectorado Yebala, España restringió su derecho de conquista, pues dió como legítima la autoridad imperial del Jalifa en una región a la que nunca se extendió. No es de extrañar, por esto, que además de las dificultades que el ejercicio de su mandato le proporciona, su situación sea inferior a la de Francia, que conservó para sí lo que ya se hallaba sometido al poder central del

(1) Véase el interesantísimo volumen *Yebala y el bajo Lucus*, Madrid, 1914, publicado por la Real Sociedad Española de Historia Natural, como corolario de una expedición científica a la zona española de Marruecos. Sobre todo, para nuestro punto de vista, es de subido alcance el capítulo «Etnografía», de Constancio Bernaldo de Quirós

Imperio y en condiciones, por tanto, de aceptarle más fácilmente su tutela. Son, por consecuencia, jactanciosas las alabanzas de los franceses a su esfuerzo en Marruecos, cuando tendenciosamente lo comparan con el de los españoles. Para los españoles la índole indomable de las tribus comprendidas en su Protectorado les obliga a una tensión militar que Francia no conoce en las ciudades de la costa y en las poblaciones arabizadas del *B'lad en Magsén* (1).

Deduzco de cuanto se deja dicho lo que hay de irritante y depresivo en el juicio que los franceses se forman acerca del Protectorado español en Marruecos. Para ellos ese Protectorado desaparecerá por la fuerza propia de las circunstancias, porque de lo contrario Francia lo haría desaparecer, por constituir un peligro para el dominio francés en Argelia. La previsión de la guerra es evidente. Y el conflicto solamente no estallará si España, acumulando error sobre error, dimite de sus más elementales derechos a la existencia. Su política de expansión es la

(1) Debe leerse el libro *El protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española*, Madrid, 1915, por Manuel González Hontoria, ministro de Estado en el Gabinete presidido por Maura en 1919. Aunque se coloque como observador en un campo de simple objetividad, González Hontoria acentúa bien que al protectorado francés corresponde el Marruecos «donde había extranjeros y donde el Sultán tenía autoridad», «siendo... en su mayor parte llano, fértil y accesible». Por eso González Hontoria insiste, e insiste justamente, en que el «protectorado francés en Marruecos recae sobre cosa relativamente homogénea y compacta». Y González Hontoria escribe: «Hay grandes diferencias, naturalmente, entre tribus bereberes y entre el antiguo belad-el-majzen y el belad-es-siba, y hasta que hace un año se ocupó Tazza, faltaba el contacto

política del Cardenal Cisneros, es la política del Norte de Africa. Si las aspiraciones de don Juan de Austria no hubiesen tropezado en las lentitudes centralistas de Felipe II, Túnez se hubiese convertido en un reino cristiano, y España se hubiese asegurado así su influencia en el Mediterráneo occidental. La pérdida de Gibraltar la dificultó el paso del Estrecho, y el desastre casi se transformó en catástrofe al transigir con la entrada de Francia en Marruecos.

A este respecto es natural que su neutralidad en la guerra hubiese sido un acto de falsa prudencia. Angel Ganivet ha escrito que «en presencia de la ruina espiritual de España hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arrojar un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos». ¡He aquí la situación en que España se debate ante el problema de Marruecos! La audacia con que se posesionó de Larache y de Arcila, procurando una compensación en el *B'lad en Magsén*, pudo servirle de estímulo

material entre el Marruecos occidental y el Marruecos oriental. Pero la diversidad y separación no son comparables con las que median entre la zona española del Septentrión (del Muluya al Lucas) y la del Mediodía (del Dra al paralelo 27°,40'). En el Septentrión mismo, por optimista que se sea, hay que prever un plazo relativamente largo para que se establezca el contacto entre la región de Tetuán y la de Larache, y uno mucho mayor para que, pacificada toda la comarca, lleguen a ser contiguos los mandos militares de Tetuán y de Melilla». En este ligero extracto se adivina bien lo que hay de jactancioso en los elogios que los franceses se hacen sobre su obra de Marruecos. Digna es de alabanza, incontestablemente, pero ni de lejos tuvieron que compartir las dificultades con que aún hoy luchan los españoles».

lo para mucho más en la hora indecisa en que los caballeros del Apocalipsis se enseñoreaban del Continente europeo. Hoy, con Francia ya afirmada en Marruecos, gracias al Gobierno del general Lyautey, la oportunidad se perdió. Volverá, sin embargo, temprano o tarde, cuando Francia se sienta constreñida por la presión de Italia en Túnez, a solucionar de una vez sus dificultades en el Norte de Africa. Ahora bien; hasta cierto punto los intereses de España son paralelos a los intereses de Italia, tanto por lo que toca al Norte de Africa, propiamente, como por lo que se relaciona con el dominio de la parte occidental del Mediterráneo. Si para España y Portugal se tradujeron siempre en funestos resultados los equívocos seculares que impiden la colaboración estrecha de las dos naciones hermanas, no es menos funesto para la grandeza de las dos Penínsulas—la itálica y la hispánica—el desentendimiento en que se mantienen. En la enunciación de sus reivindicaciones más queridas, el paralelismo entre España e Italia posee el vigor de las cosas inmediatas (1). Objetivos externos en que diverjan o en que se contradigan, no existen para ambas, existiendo, por el contrario, una completa identidad de tendencias y de fines en aquello que representa la natural expansión de su curva histórica. Creo firmemente que el problema de Marruecos, vital para el futuro de España, futuro tanto económico como político, conducirá al acuerdo con Italia, empeñada, como Es-

(1) Escritas estas páginas mucho antes del advenimiento de Primo de Rivera, el viaje a Roma de los Reyes de España las confirma extraordinariamente.

paña, en rehacerse de antiguas mutilaciones, la de Córcega, por ejemplo. De donde se deduce que no faltarán ocasiones a España para corregir los efectos del atentado que para su independencia significa la hegemonía creciente de Francia en Marruecos. Como garantía lo exige la integridad sagrada de su territorio.

«Yo tenga para mí que la línea estratégica de ciudades y fortalezas que poseemos al otro lado del Estrecho, desde Ceuta a las Chafarinas, nos es tan necesaria, hoy por hoy, y forma parte tan integrante de nuestro territorio, como la línea estratégica de fortalezas que se extiende por la cuenca del Ebro, desde Montjuich hasta Pamplona». Así se expresaba hace cerca de cuarenta años don Joaquín Costa, el aragonés insigne, no obstante entender que era preciso cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid. Efectivamente; es por Marruecos, según las lecciones de la Historia, por donde España está sujeta a una arremetida. En esa creencia, ya se señalaron bien las consecuencias nefastas para su futuro, si Marruecos se tornase la presa definitiva de una nación extranjera. España, buscando por todos los medios posibles el regreso a la política de Cisneros (1), no lo hace por ambiciosos propósitos de imperialismo, sino ejecutando aquel «programa de conservación» de que nos habló Monís Barreto. Sin que asegure primero su doble posición de tierra mediterránea y atlántica, España se halla incapacitada para afrontar en serio la

(1) Política reanudada en 1923 por el Marqués de Estella, que a su vez ha sido el único general victorioso y conquistador de los Borbones. (N. del T.)

realización de la política del Atlántico, *mare nostrum*. Observa un publicista español, que el siglo presente «pone en el tablero de juego a Gibraltar y a Panamá», añadiendo «que el Mediterráneo es un escenario muy pequeño para las tragedias futuras». Este es el aspecto primordial de la cuestión, y en torno del cual necesitan concentrarse las atenciones esclarecidas. Después, conviene no olvidar que, si la política marroquí de España es una política de defensa en relación a la Península, es igualmente una política de regeneración si se la considera desde el punto de vista exclusivamente marroquí. Tiende a probarse cada vez más la íntima afinidad étnica de hispánicos y de bereberes. Es la vieja tesis de don Joaquín Costa, reemprendida por el catedrático Antón y Fernández y fortalecida, últimamente, por el eminente arqueólogo alemán doctor Adolfo Schulten. Hablando de los yebalal, escribe Constancio Bernaldo de Quirós: «... Los yebalal son poco extraños para nosotros. Hermanos suyos somos los iberos, hijos ambos de una vieja raza líbica, que desde las edades de la piedra se extendió por ambas costas del Mediterráneo occidental y que se conserva en su mayor pureza, separada por la solución de continuidad del Estrecho, en las montañas del Atlas y en las altas mesetas castellanas». Y el autor citado añade: «El alemán Schulten, desenterrador de Numancia, la celtibera, acaso es el último que ha hecho notar el parecido de ambos pueblos, en su precioso estudio sobre los campesinos de tierra de Soria. Por donde el castellano, el aragonés y aun el andaluz, viajando por las tierras berberistas y encontrando a diario la clave de las instituciones, de las costumbres y aun

de las palabras de la madre patria, son como el lejano descendiente que regresa a la vieja casa solariega, abandonada y olvidada durante largas generaciones, recibiendo en ella la explicación de sus estructuras y hábitos más íntimos».

De aquí se infiere que, en el ejercicio de un legítimo derecho espiritual, cumple a España el traer a su vecino el berebere, a su pariente del otro lado del Estrecho, a una sociabilidad más elevada. La diferencia que existe entre los pueblos de la Península y las indomables tribus del Norte de Africa es una diferencia de orden moral e histórico, beneficio recibido del Cristianismo. De hecho, entre los bereberes, se puede sorprender el origen y el *processus* o formación de nuestros cuadros institucionales más característicos. Es a su *yemda*, o asamblea conciliar, adonde debemos ir a buscar la genealogía de los Municipios peninsulares, y no al esparcimiento de la colonización romana. Se engañan los que ven en el berebere el sinónimo de una raza inferior. El berebere, por el contrario, posee agilidad de entendimiento; su familia es de constitución patriarcal y monogámica, y se revelan en él todas las cualidades fundamentales de un gran pueblo, desde el ciego amor de la independencia hasta la estrecha cohesión del vínculo familiar. Trátase, pues, de un caso de estancamiento social, derivado sobre todo de la frágil infiltración entre ellos del Cristianismo. Eso nos obliga a nosotros, peninsulares, a mirarles como partes de nuestro todo, justificando enteramente cualquier intervención que, en el futuro, España con Portugal al lado, lleve a cabo en Marruecos a fin de despertar para la comunidad de nuestra civilización esa rama

desgarrada del viejo tronco libioibérico. Nosotros, portugueses, como salidos del tronco lusitano, tenemos motivos especiales para interesarnos en el destino del berebere. Estudiarlo en sus costumbres y tradiciones es estudiar la gestación de nuestra nacionalidad en el período preliminar, presidido por la figura de Viriato. Nos viene a la memoria una actualización de Estrabón en el capítulo consagrado a Lusitania. Vivero inagotable de energías, no son menos nuestros que los tantos millones de hispanoamericanos, en que se deposita nuestra esperanza a la otra margen del Océano. ¡Inscribamos al berebere en el libro de nuestros linajes, y que nuestro esfuerzo consiga un día traerle al disfrute del terruño que en el patrimonio común le pertenece!

Parécenos suficientemente demostrado cuán el problema de Marruecos se entrelaza por todas sus raíces al problema peninsular. Garantía inalienable de la independencia política y económica de España, es también, por reflejo, condición de equilibrio y de desahogo para nuestro Portugal. Si la instalación en el Norte de Africa de una potencia ajena a las aspiraciones de la Península representa un peligro serio para España, no lo representa menor para Portugal, que necesariamente se enfeudaría al poder que terminase por enflaquecer y fragmentar al país hermano, a no ser que otro poder, enemigo del primero, no procurase cambiarlo sobre nuestro territorio, reduciéndolos así a una deprimente dependencia. Como la grandeza de la patria no consiste sólo en el equilibrio presupuestal y en la valorización de la moneda, Marruecos guarda para nosotros las mismas posibilidades de reconstitución militar y naval a que

nuestro futuro está inquebrantablemente hipotecado. Don Joaquín Costa decía en su tiempo: «Lo que a España interesa, lo que España necesita no es sojuzgar el Mogreb, no es llevar sus armas hasta el Atlas; lo que a España interesa es que el Mogreb no sea jamás una colonia europea; es que al otro lado del Estrecho se constituya una nación viril, independiente y culta, aliada natural de España, unida a nosotros por los vínculos del interés común, como lo está por los vínculos de la vecindad y de la Historia...» ¿Y por qué? Porque «la transformación de Marruecos en colonia francesa o en colonia británica llevaría consigo, como consecuencia necesaria, la expulsión de España de aquella costa, lo mismo que de la costa occidental, o sea de Santa Cruz de Mar Pequeña; seguiríase a eso la pérdida de las Baleares y de las Canarias; y así, estrechada España entre dos Inglaterra o entre dos Francias, en bloque permanente sus costas mediterráneas, no tardaríamos en ver atacada su independencia en el corazón mismo de su Metrópoli».

Esta es la suerte de España, y no sería otra la de Portugal. Se comprende por esto el por qué Marruecos está tan relacionado con la autonomía de la Península. Inútil sería, en esta forma, el que soñásemos en hacer efectivo aquel simple «programa de conservación», en que insiste Monís Barreto, si la cuestión del Norte de Africa se agravase, o al menos permaneciese en el estado en que se encuentra. De aquí la importancia que reviste para mi nacionalismo alarmado la cuestión marroquí. Si España es por ahora la más directamente afectada, no tardaremos en serlo nosotros, y bien duramente, en un futuro ya pró-

ximo. Además, Portugal, con su natural inclinación hacia el Brasil, únicamente se libertará del marasmo suicida en que dormita echándose con alma y corazón en brazos de la política entrevista por el Rey don João IV. Bien se conocen las declaraciones del tan calumniado fundador de la dinastía de Braganza. En su audiencia célebre al *chevalier* de Jant, confesaba el Monarca que, «si poseyese sólo el Brasil con el reino de Angola, las plazas de Africa, las Azores y Cabo Verde, y por añadidura Portugal, no trocaría su condición por la de ningún otro Príncipe de Europa». He aquí que se nos presenta como una nítida visión el camino del Portugal Mayor. Súmensele ahora las afinidades de toda especie que nos aconsejan la alianza con España, y de resultas con las patrias hispanoamericanas, a quien ella dió el ser. Es un bloque político formidable no inspirado por motivos de agresión o ambición imperialista, sino por dictámenes de la propia vitalidad común.

De otro modo, acabaremos por vivir como ilotas en ambas márgenes del Océano que surcamos y descubrimos, indignos hasta de los títulos de gloria que el pasado nos confiere. Por tanto, en el poder naval reside la base de nuestra supremacía venidera. Sin poder naval, la Península se halla totalmente indefensa. Organizarlo es recorrer las primeras jornadas de nuestra emancipación nacional y cumplir al mismo tiempo las indicaciones que la geografía nunca cesa de repetirnos. Es nuestro lado vulnerable y nuestro indispensable punto de apoyo. Marruecos en manos ajenas equivale a la renuncia de cuanto nos promete el día de mañana, en nombre de la obra civilizadora que Portugal y España realizaron des-

interesadamente en el mundo. Si el poder naval es para la Península sinónimo de preponderancia y prestigio, Marruecos es la llave de nuestro indispensable navalismo. Meditemos bien en tan grave problema, y que la alianza de Portugal con España tenga por inmediato y enérgico objetivo corregir en los términos todavía posibles la desgraciada situación que en el Norte de Africa dejamos tener lugar (1).

(1) Es de toda justicia recordar un nombre hoy totalmente olvidado, y que hace más de cuarenta años prestaba ya al problema de Marruecos atención de su patriotismo alarmado. Me refiero al oficial de la Armada y profesor de la Escuela Naval, Carlos Testa, en su tiempo versadísimo en cuestiones de política internacional. En el opúsculo *A política internacional e... o Tratado de Lourenço Marques*, Lisboa, 1881, previniendo la partida que el destino reservaba al Imperio mogrebino, Carlos Testa afirmaba con notable clarividencia que «Portugal, desde el punto de vista histórico, geográfico y político, debería y podría prepararse para en su caso aspirar a la competencia a que sus títulos hubieran de darle derecho». Pasado tiempo, en 1888 y en otro opúsculo, *Portugal y Marruecos ante la historia y la política europea*, Carlos Testa vuelve a insistir en el tema. Recordarlo es probar que no sustentamos un simple opinión personal, sino una reivindicación patriótica con sus antecedentes bien marcados.